

Colección:
"La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio"



6. La Eucaristía, Luz y Vida para el Pueblo de Dios en el Nuevo Milenio



• Pbro. Adán Juárez Rojas

Colección “La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio”

**6. LA EUCARISTÍA, LUZ Y VIDA PARA
EL PUEBLO DE DIOS
EN EL NUEVO MILENIO**

Pbro. Adán Juárez Rojas

Diseño:
Creator, Agencia Católica de Publicidad.

Ediciones Católica de Guadalajara, S.A. de C.V.
Isla Flores 3344, Jardines de San José
C.P. 45085, Tlaquepaque, Jal.
Tel.: (0133) 3144-867273

Primera impresión:
octubre 2002

ISBN 968-5611-00-9

Derechos de impresión: Arquidiócesis de Guadalajara, A.R.
Impresión: Ediciones Católicas de Guadalajara, S.A. de C.V.
Impreso en México.

Pueblo de Dios

ÍNDICE

SIGLAS

PRESENTACIÓN

1. **LA EUCARISTÍA ES BANQUETE**
2. **LA EUCARISTÍA ACTUALIZA EL SACRIFICIO DE CRISTO**
3. **JESUCRISTO SE QUEDA EN LA EUCARISTÍA**
4. **LA IGLESIA CELEBRA LA EUCARISTÍA**
5. **LA EUCARISTÍA ACOMPAÑA NUESTRA PEREGRINACIÓN**
6. **LA EUCARISTÍA LLEVA AL AMOR FRATERO**
7. **MARÍA GUÍA A LOS FIELES A LA EUCARISTÍA**

SIGLAS

- AA Pablo VI, Decreto *Apostolicam Actuositatem* (18-XI-1965).
- CEC *Catecismo de la Iglesia Católica* (11-X-1992).
- DeV Juan Pablo II, Carta Encíclica *Dominum et Vivificantem* (18-V-1986).
- DS H. Dezinger, P. Hünemann, *El Magisterio de la Iglesia*. Herder, Barcelona, 2000.
- LG Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Lumen Gentium* (21-XI-1964).
- MF Pablo VI, Carta Encíclica *Mysterium Fidei* (3-IX-1965).
- NMI Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* (6-I-2001)
- SC Concilio Vaticano II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* (4-XII-1963).
- TB *La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio*. Texto Base del XLVIII Congreso Eucarístico Internacional (Ediciones Católicas, Guadalajara, 2002).

PRESENTACIÓN

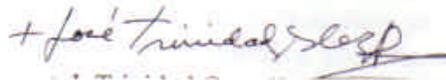
Al presentar este folleto de la colección «La Eucaristía, Luz y Vida del Nuevo Milenio», referente a todo el pueblo de Dios, me vienen a la mente las palabras de Santa Teresa de Lisieux, citadas por Juan Pablo II: «Comprendí que la Iglesia tenía un Corazón, y que este Corazón ardía de amor. Entendí que sólo el amor movía a los miembros de la Iglesia. Entendí que el amor comprendía todas las vocaciones, que el Amor era todo» (NMI, 42).

En este texto se enlazan el amor de Jesucristo, expresado en la Eucaristía, y el pueblo de Dios, que forma la comunidad de los hijos de un mismo Padre, en la vivencia de diversas vocaciones. Ninguna vocación se puede vivir plenamente y con felicidad, al margen de la Eucaristía. La vocación de cada miembro del pueblo de Dios se experimenta íntegramente en el amor a Dios y a los hermanos, inspirado en la entrega absoluta del Señor hacia nosotros, como el alimento de su Cuerpo y de su Sangre.

La riqueza de la nueva vida recibida en el Bautismo es cimiento para todo el pueblo de Dios, que encuentra en la Eucaristía la fuente y la cumbre de su vida cristiana (cfr. LG, 11; NMI, 46), y la fuerza para llevar a cabo «en la Iglesia y en el mundo la parte que le corresponde (...) con su empeño por evangelizar y santificar a los hombres" (AA, 2).

Las reflexiones que ahora tenemos el gusto de ofrecer, presentan diferentes aspectos en torno a la Eucaristía. Este Sagrado Banquete actualiza el sacrificio de Cristo, que permanece con nosotros, como lo prometió, hasta el final de los tiempos (cfr. Mt 28, 20). La Iglesia, por lo tanto, al mismo tiempo que tiene el compromiso de que la Fracción del Pan se perpetúe aquí en el mundo, celebra con gozo a Jesús Sacramentado, acompañando nuestra peregrinación terrena.

Que la Eucaristía siga siendo el centro de la vida cristiana de todo el pueblo de Dios, que tantas manifestaciones ha encontrado para adorar tan profundo misterio.



**+ J. Trinidad González Rodríguez,
Obispo Auxiliar de Guadalajara.**

Presidente de la Comisión
Teológica y de Impresos para el
48º Congreso Eucarístico Internacional.

1. LA EUCARISTÍA ES BANQUETE

1.1. CONTEMPLAMOS

«Mientras estaban comiendo, Jesús tomó pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: "Tomad, comed, éste es mi cuerpo". Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: "Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados» (Mt 26, 26-28).¹

Ponemos nuestra atención en Jesucristo, que se hace banquete para nosotros, que se nos da como alimento. La Eucaristía es verdaderamente *«el Banquete del Señor»* (1Co 11, 20), porque se trata de la Cena que el Señor celebró con sus discípulos la víspera de su pasión, y de la anticipación de *«el banquete de bodas del Cordero»* (cfr. Ap 19, 9) en la Jerusalén celestial (cfr. CEC, 1329).

Si Jesús eligió una comida para significar su sacramento memorial, es justo preguntarse: ¿qué peso simbólico tenía ese hecho en su cultura? Para los judíos, cada comida contenía profundas significaciones; no sólo la pascual, sino todas aquellas que con frecuencia celebraban. Por ejemplo, al inicio del sábado para santificarlo; otras, para construir la fraternidad en un grupo comunitario; las que unían a las familias en torno a una fiesta, etcétera. Pero todas tenían en común, el sentido hondamente religioso. En ellas se simbolizaba el reconocimiento de la vida como don de Dios, pues al alimentarse, el fiel aceptaba el sustento de la vida como un acto de cercanía con Yahvé.

Mediante la comida, además, el judío se unía con aquellos que compartían su fe y su esperanza de salvación, más allá de la unión por medio de los lazos de amistad y de familia. En la mentalidad hebrea, comer con el otro significa establecer un pacto: participar de la misma vida, comulgar en la misma fe y los mismos valores.

Cuando el que invita al banquete es Dios, entonces la comida se reviste de un valor sagrado. Compartir la comida es entrar en comunión y esta comunión ya no es la que crea una alianza con el otro, sino supone que, ya desde antes, existía una alianza; por tanto, la comunión está destinada a reafirmar esa alianza.²

A la Misa se le llama Banquete Eucarístico. Cuando hablaba del Reino de los Cielos, Jesús lo comparaba con un banquete, y quiso que su Última Cena fuera un verdadero banquete, un festín, una comida entre amigos. Un banquete es una comida alegre; se colocan los manteles más bonitos, la mejor cristalería, luces y flores; hay música y canciones; los corazones están llenos de alegría. Y así es la Misa.

Si hay un banquete, es porque se celebra un acontecimiento importante. Por eso, cada banquete es la celebración de un acontecimiento; en cada Misa se celebra el acontecimiento de nuestra salvación.

En un banquete nos alimentamos con manjares escogidos. Así, en la Santa Misa, Dios nos alimenta con el Pan bajado del cielo que es el cuerpo de Cristo, del cual dijo el mismo Jesús: *«El que coma de este pan, vivirá para siempre»* (Jn 6, 58).

¹ Cfr. Mc 14, 22-24; Lc 22, 19-20; 1Co 11, 23-25.

² Cfr. GONZÁLEZ, CARLOS IGNACIO, S.J., *Bendijó el pan y lo partió* CEM, México, 1999, pp. 47-48.

El banquete no lo hacemos solos. Nos encontramos con personas que llegan de otras partes, venidas de distintos sitios y condiciones, y allí nos sentimos unidos por nuestro común amor a Cristo y a su Iglesia. Vivimos la comunión entre unos y otros.

«Este aspecto comunitario se manifiesta especialmente en el carácter de banquete pascual propio de la Eucaristía, en la cual Cristo mismo se hace alimento. En efecto, "Cristo entregó a la Iglesia este sacrificio para que los fieles participen de él tanto espiritualmente por la fe y la caridad como sacramentalmente por el banquete de la sagrada Comunión. Y la participación en la Cena del Señor es siempre comunión con Cristo, que se ofrece en sacrificio al Padre por nosotros". Por eso, la Iglesia recomienda a los fieles comulgar cuando participan en la Eucaristía, con la condición de que estén en las debidas disposiciones y, si fueran conscientes de pecados graves, que hayan recibido el perdón de Dios mediante el Sacramento de la Reconciliación, según el espíritu de lo que San Pablo recordaba a la comunidad de Corinto (cfr. 1Co 11, 27-32). La invitación a la Comunión eucarística, como es obvio, es particularmente insistente, con ocasión de la Misa del domingo y de los otros días festivos» (DD, 44).

El Banquete Eucarístico es anunciado por figuras del Antiguo Testamento y por el mismo Jesús en su predicación: Israel, en el desierto, estaba a punto de morir de hambre. El Señor le regaló entonces un alimento misterioso, el maná, bajado del cielo, nuevo cada día (cfr. Ex 16). No obstante, el pueblo se cansó de ese «pan sin cuerpo»; esperaba, confusamente, otro alimento y otro banquete. En el maná podemos ver una figura que claramente preanuncia el Banquete eucarístico que alimenta al Nuevo Pueblo de Dios y que sacia plenamente su hambre de Cielo. Después de multiplicar los panes para alimentar a una muchedumbre desamparada, Jesús se refiere a ese signo del maná, dando a entender que Él es el verdadero «Pan de vida» (Jn 6, 35).

Dice Jesús a los judíos:

«"Yo soy el pan vivo bajado del cielo: el que coma de este pan vivirá para siempre, y el Pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo". Los judíos entonces discutían entre sí: "¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?" Entonces Jesús les dijo: "Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tienen vida en ustedes. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y yo en él. El Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre; del mismo modo, el que me come vivirá por mí. Éste es el pan que ha bajado del cielo, no como el de sus padres, que lo comieron y murieron; el que come este pan vivirá para siempre"» (Jn 6, 51-59).

Para nosotros, la Eucaristía es un banquete en el que la comunidad de los creyentes se reúne alrededor de la mesa de Dios. La mesa es el altar y nuestro alimento es Cristo.

Alimentada con la Eucaristía, la Iglesia, nuevo pueblo de Dios, atraviesa ahora el desierto de este mundo en ruta hacia la vida eterna.

Se comprende, pues, que la mejor forma de participar en la Misa es comiendo este Pan y bebiendo esta Sangre; es decir, comulgando: hacer comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Sin embargo, la Eucaristía no es un pan y un vino «mágicos» que transforman milagrosamente a quienes con ella se alimentan. Es el alimento para los fuertes en la fe, dado por Cristo para el duro peregrinar del pecador y del santo, que se esfuerzan cada día por liberarse de las fuerzas del mal y permanecer en el seguimiento del Señor.

Para participar en la mesa del Banquete del Señor, es necesario participar en la mesa de su Palabra. Porque la Palabra de Dios es la que engendra y aviva la fe, sin la cual no es posible contemplar y recibir a Cristo como comida y bebida para la vida eterna.

1.2. CONFRONTAMOS CON LA REALIDAD

Hablamos de la Eucaristía como un banquete, pero hemos de tener en cuenta que no todos entendemos lo mismo al decir «banquete». Hay quienes no pueden gozar siquiera de la comida necesaria para sobrevivir, mientras que para otros es fácil confundir un banquete con la alimentación diaria, pues todo tienen en abundancia.

Cuando hablamos de un banquete, nos referimos a la reunión alegre de personas que conviven alrededor de una mesa, mientras comparten una comida exquisita. En un banquete no hay lugar para la soledad ni para la tristeza; mucho menos para el ayuno.

La comida se goza cuando a nuestro lado está sentado un amigo, cuando compartimos con los seres queridos esos momentos en torno a una mesa; cuando celebramos una fecha importante de nuestra vida (cumpleaños, aniversario de bodas, término de una etapa escolar, etcétera); cuando hacemos de cada comida ordinaria, una ocasión feliz de encuentro. Comer juntos es signo de paz, confianza, fraternidad, alegría, amistad y amor; las personas que se reúnen alrededor de una mesa, forman una comunidad de vida.

La Eucaristía es un banquete que se ofrece, pero nos preguntamos si para cada uno en lo personal, o para cada una de nuestras comunidades, lo es en realidad. Nos hacemos estas preguntas: ¿es nuestra Misa una fiesta? ¿Participamos en ella con alegría? ¿Nos sentimos más hermanos en cada Celebración? ¿Comemos el Pan Celestial, comulgando? Sería muy triste que nos dijeran: «Vengan a ver comer a los demás»; eso no sería un verdadero banquete para nosotros. Si no comulgamos en la Misa, es así como nos quedaremos: viendo comer a los demás, mientras nosotros seguimos desfallecidos de debilidad espiritual. Jesús dijo: «*Tomad y comed*», no «*tomad y mirad*».³

1.3. LÍNEAS DE ACCIÓN

Al decir «*Tomad y comed*», Jesucristo quiere que nos alimentemos con su cuerpo en la Eucaristía, que participemos del banquete que Él mismo nos ofrece y en el que Él mismo

³ Cfr. «El Sacramento de la Eucaristía», en:
http://www.clerus.or/clerus/seed/cn_clerush.h_start_consult_ext?dicastero

se nos da como alimento. En consecuencia, es necesario que nos preparemos lo mejor posible y no nos quedemos sin comulgar.

El ideal sería que todos los participantes en la Asamblea Eucarística participaran del banquete que en ella se ofrece. Esto requiere que exista un gran amor a Jesucristo y un gran deseo de recibirlo en comunión. Esta fe y este deseo, se suscitan por medio de la predicación y de la catequesis constante. Esto supone también alguna dedicación de los pastores al ministerio de la Confesión.

Es importante, además de la participación en el Banquete eucarístico, que se cuide el ambiente festivo y gozoso de nuestras Asambleas Eucarísticas, sobre todo en domingo. Si hablar de banquete es hablar de encuentro, paz, confianza, fraternidad, alegría, amistad y amor, entonces, nuestras celebraciones de la Misa han de hacer realidad este aspecto de la Eucaristía.

«El Señor es mi pastor, nada me falta.

Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma; me guía por senderos de justicia, en gracia de su nombre.

Aunque pase por el valle tenebroso, ningún mal temeré, porque Tú vas conmigo; tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan.

Tú preparas ante mí una mesa frente a mis adversarios; unges con óleo mi cabeza, rebosante está mi copa.

Sí, dicha y gracia me acompañarán todos los días de mi vida; mi morada será la casa del Señor a lo largo de los días» (Sal 23).

2. LA EUCARISTÍA ACTUALIZA EL SACRIFICIO DE CRISTO

2.1. CONTEMPLAMOS

Jesucristo es el Siervo de Yahvé, como lo anuncia el profeta Isaías:

«Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo, eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros lo tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus heridas hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahvé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca» (Is 53, 3-7).

El sacrificio de Jesucristo consiste en su ofrecimiento total al Padre, en su oblación «hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil 2, 8): la muerte de cruz es el *signo histórico* de su entrega. La Eucaristía continúa este mismo ofrecimiento de Cristo al Padre, ahora bajo los

signos sacramentales: cambian los signos, pero no el sacrificio.⁴ «El sacrificio de Cristo y el de la Eucaristía son un único sacrificio: la víctima es la misma, sólo difieren en el modo de ofrecerla» (cfr. Trento DS, 1743; CEC, 1367; ambos en TB, 34).

«Nuestro Salvador, en la Última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura» (SC, 47).

En los textos del Nuevo Testamento podemos descubrir que Jesús, al instituir la Eucaristía, acogió los elementos más puros de los sacrificios del Antiguo Testamento. Los condensó en el ofrecimiento de Sí mismo al Padre por nosotros en la cruz, representado sacramentalmente en la entrega de su cuerpo y su sangre en estado de víctima, bajo los signos del pan y del vino. La Carta a los Hebreos reveló que Cristo es Sacerdote para siempre, porque la oblación de su propia persona al Padre no tendrá fin. Él sigue siendo ofrenda continua que se ofrece e intercede por nosotros.⁵ Así, podemos afirmar que la Eucaristía, que hace actual el sacrificio de Cristo, es un sacrificio de acción de gracias al Padre, un sacrificio de alabanza, un sacrificio de expiación y propiciación por los pecados; un sacrificio de comunión, un sacrificio de intercesión y, dado que es el sacrificio de Cristo, Cabeza y Cuerpo, es un sacrificio de toda la Iglesia.

- «La Eucaristía es un sacrificio de acción de gracias al Padre, una bendición por la cual la Iglesia expresa su reconocimiento a Dios por todos sus beneficios, por todo lo que ha realizado mediante la creación, la redención y la santificación. Eucaristía significa, ante todo, acción de gracias» (CEC, 1360).
La plegaria eucarística de la Misa es una acción de gracias hecha al Padre, por el Hijo, en el Espíritu.
- «La Eucaristía es también el *sacrificio de alabanza* por medio del cual la Iglesia canta la gloria de Dios en nombre de toda la creación. Este sacrificio de alabanza sólo es posible a través de Cristo: Él une los fieles a su persona, a su alabanza y a su intercesión, de manera que el sacrificio de alabanza al Padre es ofrecido por Cristo y con Cristo para ser aceptado en Él» (CEC, 1361).
- La Eucaristía es al mismo tiempo un *sacrificio de expiación y de propiciación* por los pecados. «*Ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados*» (Mt 26, 28). Quien participa en la Eucaristía recibe el perdón de sus faltas cotidianas o veniales

⁴ Cfr. GONZÁLEZ, CARLOS IGNACIO, S.J., *Bendijó el pan y lo partió*. CEM, México, 1999, p. 308.

⁵ Cfr. GONZÁLEZ, CARLOS IGNACIO, S.J., *op. cit.*, p.309.

y la fuerza para luchar por evitar faltas graves (cfr. CEC, 1393-1395). La Eucaristía como sacrificio, se celebra igualmente por la intención de los difuntos, para perdón de los pecados que cometieron durante su vida terrena.

- La Eucaristía es *sacrificio de comunión*. Para quienes participan en el banquete de la Alianza, la Eucaristía traduce y realiza la comunión con Dios y entre sí. La Eucaristía es, en el pleno sentido de la expresión, comunión en el sacrificio de Cristo, aspecto que ya escandalizaba a los judíos contemporáneos de Jesús: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» (Jn 6, 52). Jesús los invita, entonces, a trascender su mirada demasiado terrena para acceder a la realidad espiritual que desvelan sus palabras y gestos. «*El espíritu es el que da la vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida*» (Jn 6, 63).
- La Eucaristía es *sacrificio de intercesión* por los vivos y los difuntos. Atañe a todos los que participan en la «comunión de los santos». En la Eucaristía, Cristo intercede por todos los que no han entrado aún en la gloria de Dios.
- La Eucaristía, como sacramento del sacrificio de Jesús, es también *sacrificio de la Iglesia*, Cuerpo de Cristo. Él ha querido hacer siempre presente su sacrificio a su Iglesia, para que ésta viva de su caridad y del Espíritu de amor que lo une al Padre, para alimentar a cada creyente con la vida divina. «La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y trabajo, se unen a los de Cristo y a su total ofrenda y adquieren un valor nuevo» (CEC, 1368). Con justa razón, decimos en la Plegaria Eucarística: «Que Él (el Espíritu Santo) nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos» (Pleg. Euc. III). Asimismo, para cada participante es exigencia y soporte de una existencia llamada a ser sacrificial por entero: «*Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: tal será vuestro culto espiritual*» (Rm 12, 1). La Eucaristía es, así, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (LG, 11).

2.2. CONFRONTAMOS CON LA REALIDAD

Cuando hablamos del Sacrificio de Cristo, contemplamos a Jesucristo como el Siervo de Yahvé que se entrega totalmente al Padre, obediente a Él, y nos damos cuenta de que su muerte en la cruz es el signo más elocuente de esa entrega. Este mismo sacrificio de Cristo se hace actual en nuestro contexto histórico, cuando celebramos la Eucaristía.

Nos damos cuenta también que el sacrificio de comunión y de acción de gracias de Jesucristo, que se actualiza en la Eucaristía, es también sacrificio de toda la Iglesia. Es decir, cada uno de nosotros, miembros de la Iglesia, cuando participamos en la Eucaristía, participamos de este sacrificio, y como sacerdotes, a ejemplo de Jesucristo, nuestro Único Sacerdote, ofrecemos nuestra vida como alabanza y acción de gracias.

En el Ofertorio, con el que inicia la Liturgia Eucarística o segunda parte de la Misa, es cuando todos los participantes en la Celebración presentan sus propios sacrificios

espirituales, representados por el pan y el vino que se llevan al altar.⁶ El Sacerdote que preside la Eucaristía presenta las ofrendas y bendice a Dios, hablando en primera persona del plural, por el pan y por el vino «que recibimos de tu generosidad y ahora te *presentamos*».

El Sacerdote, quien actúa en nombre de Cristo y de toda la Iglesia, invita a los fieles a la oración sobre las ofrendas diciendo: «Oremos, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios Padre Todopoderoso».

Ahora bien, si la Eucaristía es el sacrificio de Cristo y nuestro sacrificio, entonces volvemos nuestra atención sobre nuestras Celebraciones para revisar si somos conscientes de lo que en ellas se realiza.

Muchas veces, se entiende el sacrificio como sufrimiento, dolor y muerte. Pero el sacrificio de Cristo es entrega. La muerte de Cristo es consecuencia de esa entrega.

¿Cómo se entiende el sacrificio en nuestras comunidades? ¿Cómo participamos del sacrificio de Cristo? Si el sacrificio es entrega y ofrecimiento, ¿qué ofrecemos al Padre junto con la ofrenda de Cristo?, ¿qué tanta importancia se le da en nuestras celebraciones de la Misa, al momento del Ofertorio?

2.3. LÍNEAS DE ACCIÓN

El Papa Juan Pablo II nos recuerda:

«El pan y el vino se convierten, en cierto sentido, en símbolo de todo lo que lleva la Asamblea Eucarística por sí misma, en ofrenda a Dios y que ofrece en espíritu. Es importante que este primer momento de la Liturgia Eucarística, en sentido estricto, encuentre su expresión en el comportamiento de los participantes... Es necesario un cierto espacio de tiempo, a fin de que todos puedan tomar conciencia de este acto, expresado contemporáneamente por las palabras del celebrante».⁷

Habrá que trabajar en el campo de la catequesis litúrgica para ayudar a la Asamblea a comprender y vivir de manera consciente, piadosa y activa cada uno de los momentos de la celebración; particularmente, ahora nos referimos al momento del Ofertorio.

3. JESUCRISTO SE QUEDA EN LA EUCARISTÍA

3.1. CONTEMPLAMOS

Jesucristo se ofrece al Padre en sacrificio y esa entrega obediente lo lleva incluso a la muerte, y muerte de cruz (cfr. Fil 2, 8). Con su muerte destruyó nuestra muerte, y resucitando restauró nuestra vida.

Jesucristo se entrega en sacrificio y se queda, resucitado, en medio de su pueblo: «*Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt 28, 20).

⁶ Cfr. Juan Pablo II, *Dominicae Cena*, 9.

⁷ *Ibid.*

El Catecismo de la Iglesia Católica señala las diversas formas de presencia de Cristo en medio de su Iglesia:

«Cristo Jesús, que murió, resucitó, está a la derecha de Dios e intercede por nosotros" (Rm 8, 34), está presente de múltiples maneras en su Iglesia (cfr. LG, 48): en su Palabra, en la oración de su Iglesia, *"allí donde dos o tres estén reunidos en mi nombre"* (Mt 18, 20); en los pobres, los enfermos, los presos (Mt 25, 31-46); en los Sacramentos de los que Él es autor; en el sacrificio de la Misa y en la persona del ministro. Pero, "sobre todo, (está presente) bajo las especies eucarísticas" (SC 7)» (CEC, 1373).

A partir de la Última Cena (cfr. Mt 26, 17 ss; Lc 22, 15), la Iglesia profesa su fe en un modo de presencia de Cristo muy singular: su presencia bajo las especies eucarísticas. «Esta presencia se denomina "real", no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen "reales", sino por excelencia, porque es *substancial*, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente» (MF, 39).

En el santísimo Sacramento de la Eucaristía están «contenidos *verdadera, real y substancialmente* el Cuerpo y la Sangre, junto con el alma y la divinidad, de nuestro Señor Jesucristo, y por consiguiente, Cristo entero» (Cc. de Trento: DS, 1651).

En la Última Cena, al decir «tomad y comed, esto es mi cuerpo... Tomad y bebed, éste es el cáliz de mi sangre», Jesús se dirige a los discípulos no para ponerles una definición del pan que acaba de partir y distribuir, sino para invitarlos a reconocerlo en el pan compartido y a constituir la comunidad que se llamará *Iglesia*. De esta manera, Jesús inaugura un nuevo modo de presencia entre los discípulos. No es una especie de prolongación de la Encarnación, sino presencia del Resucitado que mantiene la vida de la Iglesia... Por el acto de compartir el pan y por las palabras que pronuncia sobre él, Jesús establece entre el pan eucarístico y su cuerpo un nexo de identidad que lo hace presente a los discípulos y al mundo.⁸

Es grandemente admirable que Cristo haya querido hacerse presente en su Iglesia de esta singular manera. Puesto que Cristo dejaría a los suyos bajo su forma visible, quiso darnos su presencia sacramental; puesto que se ofrecería en la cruz por nuestra salvación, quiso que tuviéramos el memorial del amor con que nos había amado *«hasta el fin»* (Jn 13,1), hasta el don de su vida. En efecto, gracias a su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros el que nos amó y se entregó por nosotros (cfr. Ga 2, 20), y se queda bajo los signos que expresan y comunican este amor (cfr. CEC, 1380).

«El modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular. Eleva la Eucaristía por encima de todos los Sacramentos y hace de ella "como la perfección de la vida espiritual y el fin al que tienden todos los Sacramentos" (S. Tomás de A., *Summa Theologica* 3, 73, 3)» (CEC, 1374).

Bajo las especies del pan y el vino consagrados, Cristo se encuentra real y verdaderamente presente. Su presencia «comienza en el momento de la Consagración y

⁸ Cfr. LEON-DUFOUR, X., *La fracción del pan. Culto y existencia en el Nuevo Testamento*. Cristiandad, Madrid, 1983.

dura todo el tiempo que subsistan las especies eucarísticas. Cristo está todo entero presente en cada una de las especies y todo entero en cada una de sus partes, de modo que la fracción del pan no divide a Cristo (cfr. Cc. de Trento: DS, 1641)» (CEC, 1377).

La presencia de Cristo en la Eucaristía ha sido una verdad de fe vivida y profesada por la Iglesia, desde sus inicios. Esta fe se ha manifestado particularmente en el lugar preeminente que ocupa el Sagrario en el espacio sagrado y en la espiritualidad de los creyentes.

«El Sagrario (tabernáculo) estaba primeramente destinado a guardar dignamente la Eucaristía para que pudiera ser llevada a los enfermos y ausentes fuera de la Misa. Por la profundización de la fe en la presencia real de Cristo en su Eucaristía, la Iglesia tomó conciencia del sentido de la adoración silenciosa del Señor, presente bajo las especies eucarísticas" (CEC, 1379).

3.2. CONFRONTAMOS CON LA REALIDAD

¡Qué gran misterio es éste! Lo que antes de la Consagración era pan y vino, ahora es el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

La presencia real de Jesús en la Eucaristía es una verdad de fe en la Iglesia. Sin embargo, hay quienes no le dan la debida importancia a este Misterio y a todo lo que significa; mas aún, hay algunos que no creen en esta presencia real. Cuando Jesús habla de darnos a comer su carne y darnos a beber su sangre, lo hace con un realismo tal, que no deja lugar a dudas:

«El discurso de Jesús en Cafarnaún, después de la multiplicación de los panes (cfr. Jn 6, 1-71), resalta el realismo de las palabras de Jesús al revelarnos que Él es el *pan bajado del cielo*" (v. 51), y por tanto debemos comer su cuerpo y su sangre (v. 53) para poder tener la vida que nos ofrece el *pan de la vida*" (v. 48). Fue tal el impacto del realismo de las palabras de Jesús, que la gente discutía: "*¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?*" (v. 52). Y ante la insistencia de parte de Cristo en la veracidad literal de sus afirmaciones: *'Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida'*" (v. 55), se escandalizaron muchos de sus discípulos, hasta el punto de abandonar a Jesús (v. 66). Al final del discurso interpela a sus Apóstoles, preguntándoles si también ellos quieren marcharse (v. 67). Las palabras de Pedro manifiestan a Jesús que ellos sí creen en la veracidad de sus palabras: "*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*" (v. 68). Lamentablemente, hubo y hay quienes no creen en la presencia real de Jesús en el Pan eucarístico (v. 64). La Iglesia, al inicio del tercer milenio, se tiene que preguntar: ¿por qué resulta difícil descubrir el rostro de Jesús en la Eucaristía? ¿Qué hacer para que más personas aprecien y gocen a ese Cristo que se nos entrega?» (TB, 12).

No sólo hay quienes niegan la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, sino que también hay quienes, sin negarlo expresamente, son indiferentes ante este gran Misterio. Esta indiferencia se manifiesta en el poco respeto que hay a Cristo en el Sagrario, poco interés en visitarlo, falta de interés en conocer más este Misterio; poca asistencia a los actos de culto eucarístico, etcétera. Se da también el caso de personas que entran al templo con otras preocupaciones, otros intereses e incluso devociones, sin dirigir su atención siquiera un momento al Señor presente en el Sagrario.

3.3. LÍNEAS DE ACCIÓN

El Catecismo de la Iglesia Católica señala que «el sagrario debe estar colocado en un lugar particularmente digno de la iglesia; debe estar construido de tal forma que subraye y manifieste la verdad de la presencia real de Cristo en el santo Sacramento» (CEC, 1379).

El Papa Juan Pablo II subraya:

«La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y delitos del mundo. No cese nunca nuestra adoración» (*Dominicae Cenae*, 3).

Es muy buena costumbre entrar a saludar a Jesucristo al pasar por delante de una iglesia, al menos una vez al día; aunque sea brevemente.

Es muy importante considerar a Jesucristo en el Sagrario, no como una cosa, sino como una Persona que siente, ama y nos está esperando. Jesucristo está en el Sagrario, deseando que vayamos a visitarlo. Es muy recomendable ir con frecuencia a contarle nuestras penas y necesidades, y a pedirle consuelo y ayuda.

Algunas veces, se hace la exposición del Santísimo Sacramento. Los fieles se arrodillan ante Él para adorarlo, darle gracias por su amor y pedirle su ayuda. Al final de la exposición, se da la bendición con el Santísimo a los fieles: entonces, es el mismo Cristo quien los bendice y derrama sus gracias sobre ellos.

A Jesús presente en el Santísimo Sacramento, se le puede honrar de muchas maneras, tanto personalmente como en comunidad. Es necesario que en nuestras parroquias y comunidades se realicen actos de adoración pública y privada, sea siguiendo esquemas que utilizaban nuestros mayores o también haciendo uso de nuestra capacidad creativa. Entre esos actos de culto, podemos señalar la Hora Santa, la Adoración Nocturna, los Jubileos Circulares, las «Cuarenta Horas» de exposición, los «Quince Minutos» de oración ante el Santísimo; la Visita al Santísimo... y, sobre todo, la solemnidad del *Corpus Christi*. Porque una comunidad que contempla es una comunidad viva; porque un buen proyecto, sobre todo pastoral, inicia de rodillas ante el Sagrario.

No podemos concluir este tema, sin tener en cuenta que todos los actos de culto fuera de la Misa deben estar enfocados y llevarnos a la Celebración Eclesial del Sacramento, pues en él es donde los cristianos ejercitamos nuestro sacerdocio bautismal –y los ministros ordenados, el ministerial–, participando del Sacerdocio de Cristo.⁹

⁹ Cfr. GONZÁLEZ, CARLOS IGNACIO, S.J., *op. cit.*, p. 344.

4. LA IGLESIA CELEBRA LA EUCARISTÍA

4.1. CONTEMPLAMOS

La Iglesia, fiel al mandato de Jesucristo: «*Hagan esto en memoria mía*» (Lc 22, 19), celebra gozosamente la Fracción del Pan. Cada día en la celebración de la Misa se renueva el sacrificio de Cristo. De una manera especial se congrega la comunidad (*Ekklesía*) el Día del Señor o Domingo para celebrar este Sagrado Misterio. Y, de una manera solemnísimamente, en la noche de Pascua se *representa*, se vuelve a hacer presente, este Misterio de nuestra fe (cfr. CEC, 1366).

Subrayamos el aspecto celebrativo y memorial de la Eucaristía, porque es la celebración misma la que actualiza el Sacrificio de Cristo y da cumplimiento al mandato del Señor: «*Hagan esto en memoria mía*». La Iglesia, reunida en Asamblea, celebra la Eucaristía.

El «memorial» no es sólo un recuerdo:

«En el sentido empleado por la Sagrada Escritura, el *memorial* no es solamente el recuerdo de los acontecimientos del pasado, sino la proclamación de las maravillas que Dios ha realizado en favor de los hombres (cfr. Ex 13, 3). En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales» (CEC, 1363).

La Iglesia es consciente de que:

«En la asamblea de los discípulos de Cristo, se perpetúa en el tiempo la imagen de la primera comunidad cristiana, descrita como modelo por San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, cuando relata que los primeros bautizados "*acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones*" (2, 42)» (DD, 31).

La Iglesia, congregada en Asamblea Litúrgica, no sólo se expresa de una manera especial, sino que de la Eucaristía se nutre y en ella encuentra su «fuente» (cfr. *Dominicae Cenaе*, 4; DeV, 62-64).

«La Eucaristía nutre y modela a la Iglesia: "*Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan*" (1Co 10, 17). Por esta relación vital con el sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor, el misterio de la Iglesia es anunciado, gustado y vivido de manera insuperable en la Eucaristía (cfr. Carta Apostólica *Vicesimus Quintus Annus*, 9)» (DD, 32).

Todas las celebraciones de la Misa que se realizan en la Iglesia tienen el mismo valor, pero se encuentra una expresión particular en el domingo, día de la Resurrección del Señor:

«La dimensión intrínsecamente eclesial de la Eucaristía se realiza cada vez que se celebra. Pero se expresa de manera particular el día en el que toda la comunidad es convocada para conmemorar la resurrección del Señor. El Catecismo de la Iglesia Católica enseña de manera significativa que "la celebración dominical del día y de la Eucaristía del Señor tiene un papel principalísimo en la vida de la Iglesia" (CEC, 2177)» (DD, 32).

Tiene una significación especial el que los discípulos de Cristo, bautizados y que forman un mismo Cuerpo, se reúnan para celebrar de manera comunitaria la Eucaristía.

«Para que la presencia del Resucitado sea anunciada y vivida de manera adecuada, no basta que los discípulos de Cristo oren individualmente y recuerden en su interior, en lo recóndito de su corazón, la muerte y resurrección de Cristo. En efecto, los que han recibido la gracia del Bautismo no han sido salvados sólo a título personal, sino como miembros del Cuerpo místico, pues han pasado a formar parte del Pueblo de Dios (cfr. LG, 9). Por eso es importante que se reúnan, para expresar así plenamente la identidad misma de la Iglesia, la *ekklesía*, asamblea convocada por el Señor resucitado, el cual ofreció su vida *para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos*" (Jn 11, 52). Todos ellos se han hecho "uno" en Cristo (cfr. Ga 3, 28) mediante el don del Espíritu. Esta unidad se manifiesta externamente cuando los cristianos se reúnen: toman entonces plena conciencia y testimonian al mundo que son el pueblo de los redimidos, formado por *"hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación"* (Ap 5, 9)» (DD, 31).

La celebración misma del Sacramento de la Eucaristía tiene una estructura propia que consta básicamente de dos partes, la Liturgia de la Palabra y la Liturgia Eucarística, pero están tan estrechamente unidas entre sí, que constituyen un único acto de culto (cfr. SC, 7 y 56).

4.2. CONFRONTAMOS CON LA REALIDAD

Se ha insistido mucho en el aspecto de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y se ha dado poca importancia a lo que es el aspecto central de este Misterio: la celebración misma.

Llamamos Santísimo Sacramento a las hostias consagradas y a la celebración la llamamos «Misa», cuando sería más correcto referirnos a la celebración como el Santísimo Sacramento y tener una clara conciencia de que la Sagrada Reserva es prolongación del Sacramento que se celebra, de la presencia de Cristo en las especies consagradas.

Desafortunadamente, la celebración de la Misa ha perdido su fuerza para muchas personas, y por motivos muy diversos. Uno de ellos es la pérdida de la noción de los signos y esto ha llevado a convertir la Misa en una ceremonia o acto social; de los símbolos sacramentales, se han hecho fórmulas.

Constatamos que con mucha frecuencia el *memorial del Señor* ha pasado a ser la conmemoración de un aniversario. También nos encontramos que celebrar la Misa significa, para muchos, la ocasión de unir su alma individualmente con Dios, olvidando que la Eucaristía es comunión con Cristo y con nuestros hermanos, miembros del Cuerpo Místico de Cristo¹⁰.

La Iglesia manda que todo fiel participe en la Celebración Eucarística todos los domingos y fiestas de precepto, pero pareciera que esta obligación cristiana fuera una cosa del pasado, como ya superada. Nuestras Asambleas dominicales en las parroquias, si bien se ven nutridas, no es posible afirmar que cuenten con la asistencia de todos los fieles cristianos que conforman la comunidad parroquial; mas aún, desafortunadamente se puede constatar que el porcentaje de personas que participan en la Asamblea Eucarística dominical es más bien bajo; no llega a 20%.

4.3. LÍNEAS DE ACCIÓN

Para un cristiano, no basta participar en la Misa «cuando le nace» o «cuando hay una ceremonia»; tampoco bastan la oración y el culto personal. La Asamblea Eucarística significa, conforma y se alimenta del Cuerpo de Cristo que se entrega en sacrificio y se nos da como alimento.

Cuando en la Iglesia realizamos actos de culto a Cristo, presente en la Eucaristía, hemos de hacerlo con un gran júbilo, pues Nuestro Señor se queda presente en el Sagrario para acompañar nuestro caminar por la historia. Pero no hemos de olvidar que lo central del Sacramento de la Eucaristía es su celebración, así que hemos de buscar una participación plena en ella. La celebración es comunión con Cristo Resucitado que se nos da como alimento, y es comunión con el Cuerpo de Cristo, conformado por los miembros de su Iglesia.

Hemos de trabajar arduamente en la catequesis y en toda ocasión, para favorecer que todos los cristianos descubran el valor de la Celebración Eucarística comunitaria.

Tienen lugar en la Eucaristía muchas celebraciones sacramentales (como el Matrimonio) o consideradas en la vida de la persona casi como la celebración de un sacramento (como pudiera considerarse en algunas partes la celebración de quince años de vida). Por eso es necesario realizar una catequesis previa que ayude a ir más allá de la ceremonia o el acto social, y lleve a los fieles a descubrir el verdadero valor de la Celebración Eucarística.

5. LA EUCARISTÍA ACOMPAÑA NUESTRA PEREGRINACIÓN

5.1. CONTEMPLAMOS

«Al inicio del tercer milenio, la Iglesia celebrará el 48º Congreso Eucarístico Internacional, con la confianza de la presencia siempre nueva del Señor. La Iglesia, pueblo peregrino, encuentra en la Eucaristía el alimento de vida que la sostiene en su caminar, pues sabe que va rumbo a la patria definitiva (cfr.

¹⁰ Cfr. GONZÁLEZ, CARLOS IGNACIO, S.j., *op. cit.*, pp. 344-345.

Hb 11, 13-16). La Iglesia "celebra el memorial del Señor resucitado, mientras espera el domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en tu descanso" (Prefacio Dominical X)» (TB, 32).

El evangelista San Lucas nos narra un episodio muy particular de encuentro inesperado con Jesucristo. Mientras los discípulos iban por el camino, los acompañó Jesucristo resucitado.

«Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: "Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha ido declinando". Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció de su lado. Se dijeron uno al otro: "¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?"

Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: "¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!" Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo lo habían conocido en la fracción del pan» (Lc 24, 28-35).

Apenas han pasado poco más de tres días de que Jesús celebrara la Pascua con sus Apóstoles; durante éstos, fue aprehendido y crucificado. Su anuncio de resurrección ha sido opacado por la aflicción que viven estos discípulos que emprenden el camino de regreso a su pueblo, duro peregrinar cuando el corazón se siente triste y vacío a pesar de que el recorrido a realizar no les lleve más de una jornada.

Jesús se les acerca, nutre su vida con su Palabra, hace arder su corazón y los acompaña en el peregrinar, llevándolos finalmente a fortalecerse con el Pan de Vida eterna. Hoy, los creyentes sabemos que el Señor está presente en la Eucaristía. Es una presencia velada, que a nuestra mente se le dificulta entender desde la razón, pero que se aclara desde la fe, y a veces nos encontramos confundidos y cansados, pero llenos de esperanza, mientras al peregrinar por esta vida, aguardamos la venida gloriosa de Nuestro Salvador Jesucristo... Esperanza de cielos nuevos y tierra nueva en la plenitud eterna de la gloria divina, fin de nuestro peregrinar (cfr. CEC, 1404).

«De esta gran esperanza, la de los cielos nuevos y la tierra nueva en los que habitará la justicia, no tenemos prenda más segura, signo más manifiesto, que la Eucaristía. En efecto, cada vez que se celebra este misterio, se realiza la obra de nuestra redención y partimos un mismo pan que es remedio de inmortalidad, antídoto para no morir, sino para vivir en Jesucristo para siempre» (CEC, 1405).

«Así, de celebración en celebración, anunciando el misterio pascual de Jesús hasta que venga, el pueblo de Dios peregrinante camina por la senda de la

cruz hacia el banquete celestial, donde todos los elegidos se sentarán a la mesa del Reino» (CEC, 1345).

5.2. CONFRONTAMOS CON LA REALIDAD

El creyente se ha de caracterizar y distinguir de los demás por su rostro sereno y su caminar seguro. Su alimento en esta vida y su impulso para vivirla con alegría, brotan del sacramento de la Eucaristía y del manantial interno de la fe.

Sin embargo, a nosotros, tal y como sucedió con aquellos que peregrinaban a Emaús, fácilmente se nos llena la vida de desaliento, tristeza, desesperanza y cansancio. Arrastramos los pies al peregrinar por esta vida, llevando a costas una carga que vamos haciendo día a día más pesada.

Escuchamos las voces de fieles cantar al inicio de la Celebración Eucarística: «Qué alegría cuando me dijeron, vamos a la Casa del Señor». Pero es fácil percibir un marcado acento de fastidio, carente de esa alegría, reflejo veraz de la vida que llevamos y de la manera en que la vivimos.

Miramos con asombro el rostro de aquellos que, a pesar de las limitaciones, los sufrimientos y las angustias de la vida, caminan de cara al sol, llevando en sus rostros la mirada segura, la sonrisa afable y el paso firme. Y nos preguntamos: ¿cómo, con todo lo que le pasa, puede vivir tranquilo? ¿Qué acaso no le importa la vida? ¿Qué locura padece para ir sonriendo así por la aridez de esta vida?

Estos hermanos nuestros, son los peregrinos que ya regresan de Emaús, corriendo con alegría y gritando: «¡Hemos encontrado al Señor! ¡Nos ha alimentado con el pan de vida eterna!»

Y es así, alimentados por la Eucaristía, que se puede peregrinar por la senda de la cruz de esta vida, yendo hacia la vida eterna que se vislumbra ya en el contorno aún lejano del horizonte de nuestra existencia.

5.3. LÍNEAS DE ACCIÓN

Para todo católico, es un reto hacer de la Eucaristía el centro de su vida. Es necesario crecer en el amor a Jesucristo, que se nos da como alimento en este Sacramento. El ideal sería que todo cristiano se acercara cotidianamente y con la debida preparación, a recibir a Cristo en Comunión sacramental.

La Comunión sacramental con Cristo Eucaristía es una necesidad, expresada así por Jesucristo mismo: *«Les aseguro que si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes»* (Jn 6, 53).

En la práctica, esta necesidad ha sido traducida por la autoridad de la Iglesia. Según el IV Concilio de Letrán (1215), alcanzada la edad de la razón, todo cristiano debe recibir, al menos en Pascua, el sacramento de la Eucaristía, después de haber confesado todos sus pecados (cfr. DS, 812).

El recurso cotidiano a la Comunión queda como un ideal que no se debe perder nunca de vista, aun cuando concretamente, para la mayoría de los cristianos, las circunstancias y condiciones de vida les impidan realizarlo.¹¹

6. LA EUCARISTÍA LLEVA AL AMOR FRATERO

6.1. CONTEMPLAMOS

El Papa Juan Pablo II señala con claridad que «el auténtico sentido de la Eucaristía se convierte, de por sí, en escuela de amor activo al prójimo» (Dominicae Cenaе, 6).

«Ofrecer de verdad el sacrificio de Cristo implica continuar este mismo sacrificio en una vida de entrega a los demás. Así como Él se ha ofrecido en sacrificio bajo la forma de pan y vino, así debemos darnos nosotros, con fraterno y humilde servicio, a nuestros semejantes, teniendo en cuenta sus necesidades más que sus méritos, y ofreciéndoles el pan, o sea, lo más necesario para una vida digna» (TB, 53).

San Pablo reprende a la comunidad de Corinto por no entender el verdadero sentido de compartir el Pan Eucarístico. Si leemos 1Co 11, 17-34, descubrimos, de manera ejemplar, cómo no debe entenderse el banquete eucarístico, y cómo sí ha de realizarse.

«La Eucaristía entraña un compromiso en favor de los pobres» (CEC, 1397). Este sacramento de unión fraterna debe eliminar cualquier diferencia y separación entre los hermanos, como señala el Apóstol Santiago: «*Hermanos míos, no es posible creer en nuestro Señor Jesucristo glorificado y luego hacer distinción de personas*» (Stg 2, 1).

No es justo para un cristiano separar su vida ordinaria de la Celebración Eucarística, como si fueran dos realidades completamente ajenas. Muchos son los signos que en la Eucaristía indican la comunión de vida: celebrar como una familia el sacrificio del Señor, para ofrecernos al Padre como miembros del mismo Cuerpo; participar juntos de la Palabra de Dios, partir el pan para comerlo en común; compartir el cáliz, orar en comunidad, ofrecer gestos de amor fraterno, proclamar la muerte del Señor y su presencia, comer de la misma mesa el Cuerpo de Cristo, rezar unidos el Padrenuestro, pedir al Padre su Espíritu para que nos convierta en una Iglesia... No tendría sentido terminar la Misa para volver a desparramarnos como gente extraña, y no rara vez contrapuesta por clases sociales, intereses económicos, odios y peleas.

Jesús nos ofreció la imagen de un Dios diferente del que predicaban los fariseos: el dios fariseo justificaba, con criterios falsamente religiosos, las diferencias y las marginaciones. La parábola de los invitados al banquete del Reino es hondamente aleccionadora: no pueden participar en él sólo quienes se excluyen a sí mismos, encerrados en sus propios intereses (cfr. Lc 14, 15-24).

San Justino, en el siglo II, escribiendo al emperador para defender a los cristianos de falsas acusaciones, afirmó que ellos, viniendo de todas partes, celebraban la Eucaristía, y:

¹¹ Cfr. COMITÉ PARA EL JUBILO DEL AÑO 2000, *Eucaristía, Sacramento de Vida Nueva*. CELAM, Santa Fe de Bogotá, Colombia, 1999, pp. 203-206.

«Después de celebrarla, los que algo tenemos, venimos al socorro de todos los abandonados, y siempre estamos mutuamente unidos. Bendecimos al Creador de todas las cosas por medio de su Hijo Jesucristo y por medio del Espíritu Santo, por todos los alimentos. Cada uno de los que tienen medios y lo desean, según su voluntad, da lo que quiere. Lo que se recoge se pone ante el que preside, a fin de que éste socorra a los huérfanos y a las viudas, o a aquellos que, por enfermedad u otro motivo, están marginados, a los presos y a los extranjeros. En breve, él ayuda con solicitud a quienes padecen necesidades».¹²

La Eucaristía dominical, y no sólo la celebración, sino todo el día del Señor, se convierten en una escuela de caridad. La Eucaristía:

«No sólo no aleja de los deberes de caridad, sino al contrario, compromete más a los fieles a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado, mediante las cuales se manifieste que los cristianos, aunque no son de este mundo, son sin embargo luz del mundo y glorifican al Padre ante los hombres» (DD, 69).

Jesús, en la intimidad de la Última Cena con sus discípulos, en la plena institución de la Eucaristía, nos deja a todos el único, nuevo y eterno mandamiento, como fruto de la Celebración Eucarística: *«Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos»* (Jn 15, 12-13).

El Concilio Vaticano II, a propósito de la Eucaristía, afirma textualmente:

«La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza... La renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía, enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo» (SC, 10).

6.2. CONFRONTAMOS CON LA REALIDAD

Si analizamos un poco nuestra vida, nos daremos cuenta de que interpretamos muchos «papeles sociales», tales como el de padres de familia, deportistas, empleados, comerciantes, profesionistas, educadores, etcétera, y sin embargo, no es raro que toda esta vida quede olvidada cuando vamos a Misa, tanto para darle gracias a Dios o exponer nuestras necesidades o pedirle perdón, como para buscar la luz de la Palabra de Dios que nos invita a vivir como hermanos... Como si la celebración de la Eucaristía no tuviera nada que ver con el acontecer diario.

En la Eucaristía, como fuente para el compromiso de amor, ofrecemos nuestra vida, celebramos nuestra entrega junto con la de Jesús, renovamos nuestra alianza, nuestro

¹² SAN JUSTINO, *Apología* I, 67, cit. en GONZÁLEZ, CARLOS IGNACIO, SJ., *Trinidad y Eucaristía. Meditaciones bíblicas para el Gran Jubileo de la Encarnación 2000*. Buena Prensa, México, 1999. Cfr. pp. 209-217.

compromiso comunitario comulgando el Cuerpo de Cristo. De ahí que al concluir la Celebración, regresamos de nuevo a nuestras familias, trabajos y comunidades, dispuestos a vivir la comunión con todos y a trabajar por hacer que el Reino de Dios avance en nuestro mundo.

De esta forma, la celebración de la Eucaristía parte desde la vida como acción de gracias por los hechos vividos del Reino de Dios: fe, conversión, fraternidad, justicia, solidaridad, amor, etcétera. Y se convierte en fuente para la vida, como sacrificio de entrega y compromiso por liberarnos de nuestras situaciones de pecado individual y social, transformándolas en nuevos hechos del Reino de Dios en la familia, la educación, la salud, la economía, la cultura, el trabajo, la lucha por los derechos humanos, en nuestras diversiones, etcétera.

6.3. LÍNEAS DE ACCIÓN

La celebración de la Eucaristía, en cuanto es fuente para el compromiso de amor, se convierte en un fuerte llamado a la conciencia de todos, un compromiso de trabajar seriamente para que se realice la fraternidad universal del Reino de Dios, donde no haya ambiciones, envidias ni odios.

Es importante considerar que no celebramos la Eucaristía porque ya vivimos plenamente la comunión con Cristo y los hermanos, sino porque hacemos esfuerzos por construir un mundo de hermanos, por compartir nuestros bienes, por hacer un mundo más justo. Como bien exhortaba San Pablo a los romanos:

«Les ruego, pues, hermanos, por la gran ternura de Dios, que le ofrezcan su propia persona como sacrificio vivo y santo capaz de agradarle; este culto conviene a criaturas que tienen juicio. No sigan la corriente del mundo en que vivimos, sino más bien transfórmense a partir de una renovación interior. Así sabrán distinguir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto» (Rom 12, 1-2).

Dentro de la celebración de la Eucaristía, hay un momento especialmente dedicado al compartir los bienes: la colecta. Lo que se recaba en la colecta de la Misa, tiene tres fines: el sostenimiento del clero; el culto y la evangelización, y la caridad para con los más necesitados.

Recordando el sentido que tienen las colectas, habría que poner más atención a la práctica de la solidaridad cristiana con las personas y con las comunidades más necesitadas.

La solidaridad no se reduce a sólo compartir económico. La solidaridad que es fruto de nuestra participación en la Eucaristía, ha de incluir la atención a cada una de las personas, sobre todo a los socialmente marginados, los discapacitados y los enfermos, cuidando incluso que haya instalaciones adecuadas para facilitar su participación en nuestras Asambleas y una plena integración en la comunidad.

Pensemos: ¿a qué nos compromete, concretamente, la celebración de la Misa en nuestra comunidad?

7. MARÍA GUÍA A LOS FIELES A LA EUCARISTÍA

7.1. CONTEMPLAMOS

«Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María la de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo a quien tanto amaba, dijo a su madre:

–Mujer, ahí tienes a tu hijo.

–Ahí tienes a tu madre

Y desde aquel momento, el discípulo la recibió como suya» (Jn 19, 25-28).

Contemplamos a María ahí, al pie de la cruz, ratificando su fiat, aun cuando una espada de dolor atraviesa su corazón (cfr. Lc 2, 35). La presencia de María que acompaña a la Iglesia naciente, es muy significativa.

La relación de María con la Eucaristía y con la comunidad eucarística parece poco común, pero tiene una base bíblica. A primera vista parece que en este tema existen sólo indicios indirectos. Hay algunos pasajes, por ejemplo, en los que se menciona su participación de la primera comunidad cristiana en la Cena del Señor (cfr. 1Co 11, 16-20), o en la fracción del pan (cfr. Hch 2, 42-47). Se deduce de ello que, muy probablemente, María se haya insertado en la vida comunitaria, participando en la Eucaristía presidida por los Apóstoles.

También está la cuestión de si María estuvo presente en la Última Cena. Se responde que tal presencia no puede ser excluida por dos razones: primera, según Jn 19, 27, María estaba en Jerusalén precisamente en aquellos días; segunda, según la costumbre hebrea sobre la cena pascual, correspondía –y todavía hoy corresponde– a la madre de familia encender las lámparas. Pudo suceder, por tanto, que María hubiera estado para cumplir este deber en la Última Cena.¹³ No hay razones para excluir la presencia de María en la Cena del Señor, celebrada por Jesús o, después, por los Apóstoles.

La relación de María con la Eucaristía, si bien no es completamente clara como se nos antojaría, podemos descubrirla leyendo con atención el Evangelio, sobre todo el de San Juan, donde existen también otros datos muy significativos y pertinentes, que nos han sido consignados en dos escenas altamente simbólicas, desde el punto de vista eucarístico, en las cuales María tiene su parte central al lado de Jesús. Se trata del episodio de las Bodas de Caná (cfr. Jn 2, que hay que unir estrechamente al de la multiplicación de los panes, en Jn 6), y el episodio del Calvario en Jn 19.

En el inicio del signo del vino, en Caná de Galilea, está decididamente la iniciativa de María con el encargo dado a los sirvientes: «Hagan lo que él les diga» (Jn 2, 5). Caná es el comienzo de los signos; también del signo del pan, y representa el inicio de la nueva economía sacramental.

En esa nueva economía, María es llamada, no tanto *madre*, sino *mujer*. Este pasaje indica que la Virgen viene a ser cabeza-estirpe (como el símbolo de la mujer de Gén 2, 23) de una nueva generación, la de la comunidad eclesial, que se nutre de la sangre y del cuerpo

¹³ COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *op. cit.*, p. 197.

eucarístico de Cristo. Aquí, el evangelista Juan subraya el papel que tenía la Virgen madre en la comunidad postpascual.

No sólo cuando narra los signos realizados por Jesús, sino también en el relato de la pasión, Juan da una aportación decisiva a la dimensión eucarística de la figura de María. En Jn 19, 25-27, Jesús confía el discípulo a María, y María al discípulo. No se trata sólo de un gesto de piedad filial por parte de Jesús, sino, sobre todo, de un episodio de revelación decisiva. María llega a ser portadora de una maternidad misteriosa. También aquí ella es llamada mujer, otra vez, para subrayar el inicio en ella de una nueva generación, la de la Iglesia, que brota del costado abierto de Cristo, del que manaron la sangre y el agua, símbolos de los sacramentos de la Iglesia.

En la nueva economía sacramental inaugurada por la Iglesia, que es Sacramento de la presencia salvífica de Cristo en la historia, María permanece siendo la madre. Si primero era sólo la madre del Hijo, ahora es también la madre de la Iglesia. Si primero su maternidad era física, ahora es también espiritual. En el Calvario, la Madre de Jesús llega a ser la Madre de los discípulos.

La maternidad física parece casi abolida, no sólo en palabras, sino en forma tremendamente realista: con la muerte física del Hijo. Comienza una maternidad espiritual: María llega a ser la madre del discípulo. Si primero fue Jesús quien nació de la Virgen, ahora es la Virgen quien recibe un nuevo nacimiento de su Hijo crucificado. No la llama ya *madre*, sino *mujer*, porque está tomada del hombre (cfr. Gén 2, 23). Es difícil imaginar un cambio más radical de relaciones entre María y su Hijo divino.

María tiene, pues, una presencia y un papel decisivos, tanto en la Encarnación como en la economía sacramentaria de la Iglesia: en ambas, ella ha dicho su fiat en la fe, la esperanza y la caridad. En ambas, ella es cabeza-estirpe de una nueva generación querida por Dios hecho carne; en la segunda, la generación de la comunidad eclesial que brota del costado de Cristo, y que se nutre de su cuerpo y de su sangre.

La Iglesia, Sacramento salvífico, además de ser esencialmente eucarística, tiene también una connotación existencial mariana. Por eso, no celebra nunca la Eucaristía sin invocar la intercesión de la Madre del Señor.¹⁴

Santa María de Guadalupe es para los mexicanos y para toda América un símbolo del Evangelio inculturado. No es casualidad aquello que dijo a San Juan Diego, y hoy lo repite a cada cristiano: «Sábetе que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, por quien se vive». También le dijo: «¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?»¹⁵

«La Virgen se presentaba así como Madre de Jesús y de los hombres. La Señora de Guadalupe es todavía hoy el signo de la cercanía de Cristo, invitándonos a entrar en comunión con Él, para tener acceso al Padre. Contando con el auxilio materno de María, la Iglesia desea conducir a los hombres al encuentro con Cristo, que es el punto de partida y de llegada de una auténtica conversión y de una renovada comunión y solidaridad» (TB, 65).

¹⁴ COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *op. cit.*, pp. 198-200.

¹⁵ LAMADRID J.G., *Nicam mopohua*, ed Jus, México, p. 45.

En la encíclica *Redemptoris Mater*, el Papa Juan Pablo II afirma que la maternidad espiritual de María:

«Ha sido comprendida y vivida particularmente por el pueblo cristiano en el sagrado banquete –celebración litúrgica del misterio de la Redención–, en el cual Cristo, su verdadero cuerpo nacido de María Virgen, se hace presente. Con razón la piedad del pueblo cristiano ha visto siempre un profundo vínculo entre la devoción a la Santísima Virgen y el culto a la Eucaristía; es un hecho de relieve en la liturgia tanto occidental como oriental, en la tradición de las Familias religiosas, en la espiritualidad de los movimientos contemporáneos, incluso los juveniles, en la pastoral de los santuarios marianos. María guía a los fieles a la Eucaristía» (*Redemptoris Mater*, 44).

7.2. CONFRONTAMOS

Constatamos un dato muy interesante:

«La Eucaristía es el alma de la Iglesia. Pero al lado de la Eucaristía, la piedad de los fieles pone siempre la imagen de la Virgen. Es decir, María es vista como asociada a Cristo su Hijo en la comunidad que celebra la Eucaristía. Ella hace referencia esencial y continua al Cristo eucarístico, como queriendo subrayar la necesidad de alimento espiritual y de comunión, provenientes del Sacramento de la Eucaristía. Es lo que sucede en las peregrinaciones marianas y en los santuarios marianos, donde todo está centrado en la Eucaristía, fuente y cumbre de toda piedad y espiritualidad mariana».¹⁶

No faltan, sin embargo, casos de una devoción mariana poco formada y a veces con ciertos rasgos de exclusividad o fanatismo, que no llevan ciertamente al encuentro con Jesucristo Eucaristía. Se hacen larguísimas peregrinaciones a los santuarios marianos y a veces se concluye con una breve visita al santuario, sin tener en cuenta siquiera la Celebración Eucarística que se lleva a cabo en el momento de entrar en el recinto. Les basta con ver por unos instantes la imagen milagrosa de María Santísima.

En este sentido, hacen grandes esfuerzos los sacerdotes y los equipos de laicos que colaboran en la animación de la Pastoral de los santuarios, disponiéndose aquéllos escuchar a los peregrinos en confesión, y éstos, invitándolos a concluir su peregrinar en el encuentro sacramental con Jesucristo.

7.3. LÍNEAS DE ACCIÓN

Una tarea de siempre es la catequesis permanente, que lleve al cristiano a una devoción mariana auténtica cuyo fin sea el encuentro con Jesucristo.

¹⁶ COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *op. cit.*, pp. 196-197.

Podemos pensar: ¿qué aspectos habría que corregir en la devoción mariana, como la practicamos en nuestras comunidades?

También es bueno preguntarnos: ¿qué acciones concretas podemos realizar para que verdaderamente dejemos que «María guíe a los fieles a la Eucaristía»?